

No volverán los trenes

Andrés Acosta

Facultad de Derecho

El florecimiento del concreto y la varilla



Los pasantes de arquitectura dieron el toque definitivo a la maqueta y tiempo después las paredes de cartón comenzaron a crecer, se tornaron macizas; el pasto artificial cobró vida y el fraccionamiento fue habitado por personas de carne y miedo, por individuos de músculo y dolor que estaban dispuestos a trabajar con ímpetu para pagar la propiedad. Las casas quedaron alineadas de manera parecida a las rocas de Stonehenge. Una mura-

lla circular impedía el paso a los automóviles de fuera: poco ruido, menor contaminación atmosférica, sin riesgo de accidentes. Frente a cada tres casas, un parque con juegos infantiles mecánicos; para la comunidad, un cine, club deportivo, auditorio al aire libre, escuelas y hospital. La idea era construir un fraccionamiento modelo, un pequeño pueblo dentro de la ciudad.

Los viejos patios de los ferrocarriles fueron destruidos con marros y picos y cedieron su lugar al estridente florecimiento del concreto y la varilla. Durante la acelerada construcción murieron dos o tres albañiles (¿en qué obra que se respete no hay muertos de por medio?). Dicen que el cuerpo de uno de ellos todavía está desmembrado dentro de las columnas de una casa; que se cayó mientras hacían el colado de varias toneladas de cemento y no quisieron desperdiciar la remesa buscando al albañil. Por eso se ven cruces de madera y de paja en las construcciones y por eso también los trabajadores se emborrachan después de cada faena. Los albañiles que participaron en esta edificación no fueron distintos a los demás; vivieron durante algún tiempo en el fraccionamiento en casetas improvisadas y en la obra negra; se bañaban con mangueras y guisaban en latas de atún y de sardinas como gambusinos; las fogatas eran sus cálidas compañeras en las noches frías; vida de trashumantes, de gitanos sin tierra que esperan la próxi-

ma construcción para trasladar sus pocas pertenencias a otros edificios, a otras casas que no podrán habitar una vez que estén terminadas.

¿Existe alguien que pueda decir que habitará para siempre una morada?

Un ladrillo,
dos ladrillos,
tres ladrillos.
Hombrescarretilla,
Levantaparedes,
Hombresmezcla,
Cantacanciones,
Hombresandamio,
Hombresyeso.

Un ladrillo es un ladrillo
hasta que es parte de un muro.

Ahuyentaperros,
Manchacamisetas,
Gastazapatos.

Un muro es un muro
hasta que forma parte del mundo.

ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo
sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre la-
drillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo so-
bre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre la





Molestamuchachas,
Arrojapiedras,
Beberrefrescos
Chupapulques.

Aladríllate, maestro:
gente de ladrillo.

Tragachiles,
Deglutetortillas,
Matapiojos,
Pelotiezos.

Ladrillo está en la cárcel
el barrio lo extraña.

Un ladrillo,
dos ladrillos,
tres ladrillos.

El silbato de una locomotora

Pocas personas tienen memoria de la fisonomía anterior de este sitio y pocos recordarán la que ahora tiene. Los intentos por crear una obra permanente son siempre inútiles. Hombres van y hombres vienen; antes que los albañiles, vivieron aquí los ferrocarrileros en sus furgones desmantelados por dentro y sin ruedas. La mayoría de ellos ya están bajo tierra; los que sobreviven son ahora jubilados o tienen pensiones por diversas incapacidades. Algunos habitan el fraccionamiento: son una raza de hombres recios y taciturnos, siempre con la mirada de quien permanece alerta, de quien vigila el camino y las máquinas. Los viejos ferrocarrileros todavía duermen 24 horas para estar dos días despiertos, todavía usan gorra, paliacate y una mochila de cuero para alejarse de su casa durante la jornada. Solo que en la actualidad los

viajes que efectúan son hacia la nostalgia de los caminos recorridos, de los campos; en sus mentes persiste el recuerdo del olor a la comida de las distintas estaciones, del tizne del carbón, de los pasajeros consuetudinarios y aquellos otros que nunca se vuelven a ver. Los ferrocarrileros sobrevivientes se preparan para el último viaje: el más oscuro y definitivo. Se extingue así un grupo de hombres que fueron expulsados de su terreno, de los campamentos y viviendas improvisadas que habitaron tantos años. En la oscuridad los tiempos se confunden: por las noches aún se escucha el silbato de una locomotora, circulan los fantasmas de los trenes que vienen a dormir su descanso en lo que alguna vez fueron sus patios.

También anda por aquí el fantasma de un hombre que hace tiempo llegó escondido en un vagón y extravió un zapato entre las vías. Mucho antes que los ferrocarrileros, estuvieron los primeros pobladores de estas tierras, antes de la llegada de los españoles, y de ellos no quedan más que vestigios de barro destruidos por las cimentaciones. Ahora nosotros también tenemos nuestro turno, tenemos nuestro tiempo de habitar este mundo y de construir en él.

Los árboles que plantaron

Después de quince años de pagar mensualidades, somos los dueños de las casas que habitamos; después de quince años alcanzamos la mayoría de edad como residentes y obtenemos la independencia tan deseada. No me pregunten cómo pasaron, porque se fueron igual que las huellas de un poeta chino entre el polvo del mundo. Por el camino varios se quedaron sin nada; gente que no pudo cubrir las cuotas mensuales a tiempo y cuyo contrato fue rescindido por falta de pago. Algunas familias fueron desalojadas a media noche y bajo la vigilancia inmovible de los policías tuvieron que salir hacia otras direcciones.

Quince años pasaron y ahora tenemos más ropa secándose en la azoteas, hay más automóviles estacionados en la zona que se amplió ex profeso y se abrieron nuevos comercios. Paulatina-mente esta ingenua Shangri-La se ha convertido en una copia de la ciudad que la envuelve, con sus mismos vicios, con las mismas aglomeraciones y basureros clandestinos.

Algunos nos hicimos viejos aquí y nos quedamos solos. Otros se dedicaron a tener hijos y gozaron de los momentos familiares: con entusiasmo cambiaban pañales, daban mamilas, visitaban al pediatra y al ortopedista. También veían cómo sus hijos aumentaban de tamaño, al igual que los árboles plantados bajo el estímulo de una canción de moda en los años 70 y que ya casi nadie recuerda. Aquellos árboles crecieron con el tronco torcido, éstos sufrieron plagas y a otros los podaron demasiados jardineros espontáneos e inexpertos, como los padres que no supieron cómo actuar con sus hijos cuando tuvieron su comezón sexual o se enfermaron de viruela.

La construcción del templete

Hace poco surgió la necesidad de construir algo dentro de nuestro fraccionamiento. Nos aprestamos a crear una obra, concebida por... ¿por quién? Eso no importa; se le puede haber ocurrido a Julián, a Matilde o a doña Josefa, como ella misma asegura. El caso es que por primera vez todos creemos estar de acuerdo y eso es insólito. Digo que creemos estar de acuerdo porque sé que el tiempo nos demostrará lo contrario. Somos niños jugando con lodo; parece que no sabemos que el lodo se quiebra y se deshace al secarse y que los padres castigan las caras y las ropas manchadas.

Yo he tenido que cooperar, obligado por la mayoría. Cada quien ha aportado el material que tiene a la mano o que francamente le hacía bulto en su bodega o patio y ya quería deshacerse de él. Yo doné los clavos y las tablas que tenía regados en el taller desde que mandé construir mis muebles para trabajar. Es cierto que algunos clavos estaban oxidados y que las tablas eran de baja calidad, lo reconozco, sin embargo, el cemento que consiguió Julián estaba duro ya: al abrir los sacos, salían unos almohadones de piedra que no sirvieron más que para hacer bancas en el parque; eso sí fue una grosería. También presté herramienta que no me han devuelto hasta la fecha:

—No se preocupe don Arquímedes, para la próxima semana ya las tendrá de nuevo con usted, sanas y salvas.

VECINO:

Esta mañana un individuo que vestía un traje verde cenizo, acompañado por un par de sujetos, fue visto cuando colocaba varios sellos engomados en la puerta del templete. Al ser interrogado por la señora Josefa Hernández, quien tiene su domicilio en la casa No. 18 de este fraccionamiento, el hombre declaró ser inspector del Ayuntamiento, y que en cumplimiento de su deber clausuraba la construcción por carecer de un permiso expedido por la oficina correspondiente.

Con lujo de prepotencia y ademanes despóticos el individuo le advirtió a la señora Chepa que si no se pagaban una multa y la licencia de construcción en un plazo de 72 horas, el Ayuntamiento se vería en la necesidad de derrumbar el templete.

Antes de irse, el inspector preguntó a doña Josefa qué uso se pretende dar al templete. Ella contestó que no era asunto suyo porque, argumentó: "vivimos en un fraccionamiento privado y eso nos incumbe sólo a los miembros de esta comunidad". A lo que el funcionario respondió riéndose como loco.

Por lo anterior, te citamos a la junta que con carácter de URGENTE se efectuará el día de hoy a las 7: 30 de la noche a la entrada del templete.

Gracias por tu atención.

La tarde de un líder

Julián Galindo termina de escribir a máquina. Se limpia el sudor de la frente y pasea por la sala de su casa con el papel en la mano: su pequeña gran obra. Los dedos le tiemblan. Seguramente cuando las personas lean el aviso, arderán en indignación y acudirán a la junta presurosas:

—¿Qué podemos hacer? —preguntan los vecinos con sus rostros angustiados—, díganos señor Julián, usted que tiene experiencia en estos asuntos. Ayúdenos.

Julián, condescendiente, levanta el brazo y con un leve trinado de sus dedos hace que todos callen. Les explica con detalle cuáles son sus derechos y el plan de ataque a seguir. Como él goza todavía de ciertas relaciones en algunos sectores del gobierno, no habrá problema; no puede ser que ya se hayan olvidado de él.

El temor de los vecinos se disipa. Ellos se entusiasman y pretenden cargarlo en hombros. Él dice que no es para tanto, que ahorren sus fuerzas para seguir el plan, pero ya lo están cargando. Le dan una vuelta alrededor del templete como si fuera un torero. Dos vueltas. Un desfile.

Julián camina por su habitación, agradece mostrando el dorso de las manos. Sonríe como reina de la primavera y de pronto una resequedad en la garganta lo hace toser. Los ojos se le irritan y tiene que usar el pañuelo.

—Mecachis. No debo enfermarme ahora que tengo frente a mí esta responsabilidad.

Vuelve a toser una y otra vez. Su rostro está descompuesto. El papel del aviso está tan rociado de saliva que casi se puede ver a través de él.

El Abandonado

Lees ese aviso: un llamado de esa índole no se presenta todos los días. Lo relees. Dejas distraídamente en la mesa la cuchara con la que desayunas tu yogurth y vuelves a leer. Se solicita a los vecinos asistir a una extraña junta, hoy, en la noche, afuera del templete. Algo te indica que ese aviso está dirigido especialmente a ti. Pensarás que es otra trampa de Esther.

Nada más faltaba que apareciera tu nombre con letras altas: se solicita a LEOPOLDO, ALIAS EL ABANDONADO, que se presente hoy.

Vivirás las siguientes horas igual a las de los otros días: llevar a los niños corriendo a la escuela, luego ir al trabajo para cumplir con la jornada en la oficina. No notarás la diferencia hasta que por la tarde encuentres de nuevo el aviso en la puerta de tu casa. Arrancarás el papel amarillento con violencia y la sensación de que ya has vivido esa escena te producirá náuseas.



Le mentirás a tus hijos diciéndoles que vas a comprar cigarrillos o chicles. La perilla de la puerta de tu casa es como una mano pegajosa, dudas al tomarla. Con paso lento, desconfiado, avanzarás en dirección al templete. A lo lejos habrá una mujer.

—Esther... —llamarás en voz baja.

¿Se trata de Esther? Podría ser ella, pero con treinta años más. Verás la cara de una anciana muy parecida a doña Josefa en lugar de la de ella.

Será mejor alejarse, correr bajo la noche a refugiarse en casa. Algún día ella regresará tal y como la conociste, no como una bruja. Algún día la traeré de nuevo, pensarás.

Como el mar de una película

La silueta de una mujer se destaca entre los rayos oblicuos de un sol pardo y débil que se hunde ya entre las casas; cae así el telón de un día más, otra tajada del tiempo: mito y desplazamiento sempiterno. Esta mujer tiene la frente angulosa y firme como un peñasco, los ojos azules, pero de un tono deslavado, antiguo, como el mar de una película que ha perdido la nitidez de sus colores. Si en cierta ocasión algún demente pretendiera formar un ramo de ojos azules, los suyos serían los primeros que requeriría.

La mujer mantiene sus magras manos en la cintura, mira hacia distintas direcciones sin que su vista se encuentre con ningún ser humano. Parece que nadie vendrá, ni siquiera Julián, masculla con su lengua reseca y rencorosa como un prisionero entre los dientes-barrote.

A lo lejos un sujeto vacilante se acerca, no mucho, lo suficiente apenas para mirar el rostro de la mujer de ojos azules. La contempla por unos segundos y sus piernas se ponen en movimiento de regreso.

Una heroína

Un día la señora Josefa se levanta de su cama con una idea fija: lograr que el templete sea abierto de nuevo. Para conseguirlo debe ir primero a las viejas oficinas en donde tienen su guarida las autoridades. Doña Josefa toma un baño en la tina de su casa, aderezado con ciertas hierbas que ella conoce, para relajarse y poseer templanza de espíritu. Viste sus ropas más elegantes, se hace un chongo correctamente apretado y se lleva además un paraguas con la punta afilada, por si acaso.

Al llegar al edificio llamado por los lugareños como el Ayuntamiento, Josefa divisa los posibles puntos de acceso al horrible inmueble. No bien ha dado los primeros pasos hacia su destino, cuando advierte que un coyote de aspecto fiero corre a su encuentro. Hábilmente nuestra heroína lo ataja con el poder de su paraguas y lo mantiene a distancia suficiente para poder avanzar.

